



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.016

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

VIERNES 22 DE MARZO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES.

PUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastrillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, taponas para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el instrumental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

TONNY.

Era el clown predilecto del público marseillés, que aplaudía hasta sus gestos más insignificantes. Tentábase por el hombre más gracioso del mundo, y hasta cuando transitaba por las calles, apesar de su aire serio y grave, de su andar mesurado, como buen inglés que se aprecia en algo, los que le veían sonreían pensando: ¿Qué nuevos chistes y qué trucos imaginaría ese tipo en este momento?

Y no obstante, no era así. Tonny en el fondo, era un hombre serio, tétrico casi, como las leyendas escocesas.

En aquella época mi grande afición á los circos hizo que le conociera y no tardamos en ser amigos, cosa rara, puesto que Tonny despreciaba la amistad de hombres y mujeres, pues de unos y otras, según me contaba, había recibido disgustos muy serios y cruentos engaños.

Y era de ver aquel hombre cuya sola presencia hacía desternillar de risa á los que contemplaban

sus ejercicios, ataviado con excéntrico traje, con la cara pintarra-



jeadas, era de ver, digo, como suspiraba al contarme sus cuitas, y hasta en más de una ocasión derricaba lágrimas que me llenaban de pena.

¡Qué extraño contraste!

Recuerdo de una noche que Tonny estaba desesperado con justo motivo. Estrella, su única hija, el único ser á quien amaba, por quien únicamente exponía su vida en la arena, por quien hubiera dado gozoso hasta su vida, había abandonado á su padre, con un oficial sobradamente conocido por sus vicios.

De nada habían servido las exhortaciones del desgraciado clown, quien resueltamente se oponía desde mucho tiempo á aquellos amores.

La función iba á empezar. Tonny se disponía á salir de su cuarto cuando un mozo le entregó una carta, cuya letra debía ser muy conocida, sin duda. La abrió con la mayor precipitación y quedó como petrificado.

A través de su pintarrajeado rostro ni aun siquiera pude hacerme cargo de la impresión que sentía. Sólo dos lágrimas mezcladas con barnellón surcaron sus curtidas mejillas.

Su hija le había abandonado, huyendo con el teniente X. Así lo decía en su carta, con criminal lacónismo

El director de la compañía vino á sacar á Tonny de su estupor para obligarle á presentarse en la pista, poco menos que á empellones. En vano fueron súplicas y ruegos, lágrimas ni consideraciones; la autoridad se mezcló en el asunto y Tonny hubo de salir al redonde! en medio de las risotadas del público.



¡Qué importaban á nadie los dolores del pobre clown, si él no tenía obligación de sentir! ¡Desgraciado ser destinado á provocar la risa cuando los más crueles dolores quebrantaban su corazón!

El público aplaudía y gritaba á más y mejor. Tonny, en medio de su desesperación, no sabía lo que hacía.

De pronto el clown abre los ojos desmesuradamente y ríe á más no poder, dando á la vez vertiginosas vueltas.

Su empolvada cara adquirió un aspecto extraño, raro, indescriptible.

Redobló sus saltos mortales, hizo flanes y piruetas inconcebibles, giró mil veces sobre sí mismo, sobre la alfombra, cuando ya estaba rendido y jadeante, cual moribundo epiléptico en el estoror de la agonía, y señalando grotescamente con el dedo á determinado punto de la galería, exclamó:

—Allí, allí; ¡ella!

Todas las miradas se dirigieron hacia el punto que aquél señalaba. No obstante apenas nadie se fijó



en una señora que livida, con el rostro desencajado, abandonaba aquel sitio, apoyándose en el brazo de un caballero.

El clown, agotadas sus fuerzas, fue presa de un largo síncope.

Los dependientes del picadero cargaron con su cuerpo, substrayéndolo de la pista.

Jamás se ha visto con más gozo la manifestación del dolor. Todos los espectadores aplaudieron frenéticos. ¡Qué bien rugía su artista predilecto!

Pero este no volvió á presentarse.

Vuelto en sí me apresuré á preguntarle.

El pobre hombre dio rienda suelta á su llanto.

—¡Ella, ella!—exclamaba, mesándose los cabellos.

—¿Su hija de V.?

—No, la otra; la infame... mi es-



posa. La que me abandonó hace ocho años.

—¡Qué horror! ¡Que dos golpes en una misma noche! Hay motivos para volverse loco...

—¿Loco?—replicó—pues si yo no lo estuviera hace años, ¿cree usted que me presentaría en la pista?

H. LECLAIRE.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Se le ocurrió á un periodista inglés dar la vuelta al mundo á pie sin llevar una peseta en el bolsillo, y ya tiene dos que le hagan la competencia en las mismas condiciones.

Mañana probablemente tendrá trescientos.

Porque somos así: apenas sale por ahí el inventor de algo y pone una tienda le ponen otra tienda enfrente.

En eso de los andarines va á ocurrir una cosa.

El periodista inglés dará la vuelta al mundo y encontrará dinero.

Los demás, como nunca segundas partes fueron buenas, se quedarán en la estacada.

Es decir, á pie y sin un cuarto.

Ayer se cotizaba el papel liberal.

Hoy se cotiza el papel conservador.

Como se ve, el barómetro político está á la misma altura que los demás barómetros.

Así, de política no sabemos una palabra.

Del «Reina Regente» tampoco.

Por lo demás estamos al tanto de todo.

Como si dijéramos:

De nada.

Dicen de Barcelona:

«Un vecino de la Riera Alta ha denunciado esta mañana que con fractura de la puerta del piso le habían sido sustraídas, no se sabe por quién, de un armario, quinientas pesetas en metálico.

Pues si le dejaron el armario ¿qué más quiere?»

Clarín ha estrenado en Madrid una obra teatral y le han dado un pateo.

368 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

brante en las cuentas que acaba de hacer, le sonreía delante.

No era una cantidad grande de dinero, pero parecía convertirse en tal; y ¿por qué desperdiciar la ocasión? se dijo el joven á sí mismo.

—Todas las noches juego sin el eficiente de este dinero, con el que nadie cuenta, ¿por qué perder esta ocasión que se presenta tan favorable? Aprovechémosla.

Fácilmente se convence uno á hacer aquello á que está dispuesto.

No es de extrañar que pocos argumentos bastaran á decidir á Julián.

La noche estaba fresca y se embozó en su capa.

¿Pensó al embozarse en ella, en las noches crudas de invierno de otros tiempos en que tiritaba de frío, y nada hallaba que lo abrigase?

¿Pensó en la madre que tantas veces vió helada como el mármol, y en que nada hallaba para comunicarle calor?

¿Pensó en la pobre María, que tal vez todavía padecía, los mismos fríos que en otro tiempo también pasara él?

Felizmente no, porque su razón ofuscada, su corazón extraviado, no le hubiera hecho ver en el pensamiento de esos recuerdos, más que motivo para re-

EL HILO DEL DESTINO.

369

gociarse de sus extravíos actuales, que le proporcionaban medios para aliviar todos sus males.

No: esos recuerdos no hubieran despertado un recuerdo verdadero de su valor.

No: él no hubiera visto en los sufrimientos pasados, las pruebas del amor divino, que por el tamiz de los pesares, de las privaciones y de los contratiempos, purifica los espíritus de sus elegidos, y les premia la resignación con que sobrellevan estas pruebas de su virtud, concediéndoles la gloria que han conquistado en el camino del calvario.

Se embozó en la capa Julián, sin otra reflexión más que la de la ventaja que tal vez le reportaría su salida esta noche, y dirigió los pasos á la casa de juego.

Era una casa de apariencia pobre, miserable; una mujer viuda con media docena de chiquillos la habitaba, que se mantenía de lo que le daban los frequentadores de ella, en pago de que la hiciera aparecer como suya.

Concedor Julián del terreno y de las diferentes partidas, generalmente prefería agregarse á unos cuantos jóvenes como él, que jugaban en un cuarto interior, pero en esta noche que hablamos, lo halló tan lleno de gente y tan difícil de ocupar algún lugar entre los amontonados grupos, que pasó á la sa-

372 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

El joven se inquietó, temeroso, como siempre estaba, de encontrarse con alguien que supiese su vergonzosa historia, y á tal extremo, que á la primera coyuntura, sin darse mucho tiempo á reflexionar, mas que de prisa se retiró.

Apenas desapareció no perdió Felipe el tiempo en preguntar su nombre y antecedentes.

Nadie supo darle cuenta.

Era desconocido para todos los presentes: era esta la primera vez que le habían visto allí.

Uno solamente de los jugadores, sabía que frecuentaba la casa todas las noches, y esto únicamente pudo averiguar Molina.

Si tuvo buen cuidado aquella noche al retirarse de aumentar su gaje á la mujer de la casa, y encargarle vigilase la entrada del joven buen mozo, de tales y tales señales, y le dijese, si es que se presentaba allí antes que él, que el banquero de la mesa en que jugó la noche anterior, tenía grande interés en hablarle.

Al día siguiente, cuando Julián, al acudir á la misma sala donde había sido objeto de miradas tan sospechosas, mas no por eso pudo averiguar á la casa.

Fuera para malicia suya; ó tal vez motivo para desconfiar de la escurridad de su conciencia: como que había sido examinado, juzgó mejor no volver á esponerse á ella.